

**CHILE 11 de septiembre 1973**  
**Un giro en el siglo XX latinoamericano, un evento mundial.<sup>1</sup>**

**Olivier Compagnon**

El año 1973 en América Latina no podría reducirse al golpe de estado del 11 de septiembre que, en Chile, derrocó el gobierno de la Unidad Popular (UP) dirigida por el socialista Salvador Allende Gossens e instaló las bases de un régimen militar autoritario y represivo, que se prolongó más de dieciséis años. Dos meses y medio antes, la disolución del Congreso uruguayo por el ejército llevó a su término un proceso autoritario iniciado en 1968 formalizando la instauración de una dictadura que no había sido declarada como tal hasta entonces. Al otro costado del Río de La Plata, el mes de junio fue igualmente marcado por el regreso del general Juan Domingo Perón después de casi 18 años de exilio y por la masacre del aeropuerto de Ezeiza, al sur de Buenos Aires, donde peronistas de derecha y de izquierda se enfrentaron violentamente durante el recibimiento del derrocado en 1955. En julio, las elecciones legislativas mexicanas conformaron una vez más la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional, en un régimen político donde la apertura democrática prometida por el presidente Luis Echeverría se hacía esperar. En Venezuela, donde el oro negro representaba más del 90% de las exportaciones y constituía, desde los años veinte, el principal fundamento de una economía resueltamente rentista, el choc petrolero de octubre habría la vía a un crecimiento espectacular de los ingresos fiscales, reforzando la tendencia mono exportadora y enraizando la ilusión de una prosperidad perpetua.

Sin embargo, fue prioritariamente hacia Santiago de Chile donde todas las miradas confluyeron, en la medida en que el golpe llevado a cabo por las fuerzas armadas en el invierno austral terminaba, con la bendición de Washington, con aquello que parecía encarnar un cierto número de evoluciones políticas regionales desde los años 1960 y 1970. Cuarenta años más tarde, el 11 de septiembre de 1973 no ha perdido nada de su valor paradigmático para la mirada de los historiadores y merece plenamente ser considerado como una ruptura mayor del siglo XX latinoamericano –es decir, como un verdadero evento mundial- de la misma forma que el otro 11 de septiembre, aquel del 2001, en Nueva York.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Traducción: Ricardo Brodsky

<sup>2</sup> Ver Jean-Francois Sirinelli, "L'événement-monde", Vingtième Siècle. Revue d'histoire, nº 76, Presses de Sciences Po, 2002/4 pp 35-38; así como el coloquio "Chili 11 septembre 1973: un événement mondial" organizado en París los días 17, 18 y 19 de septiembre 2013 (Casa de América latina, Instituto de Altos Estudios de América/Universidad Sorbonne Nouvelle – Paris 3, CERI/ Sciences Po).

## EL CREPÚSCULO DE UNA ILUSIÓN

Una jornada bastó a las fuerzas armadas chilenas, no obstante ser consideradas legalistas al contrario de la mayoría de sus homólogas latino americanas, para derrocar el gobierno de la UP que había llegado al poder en noviembre de 1970 conforme a la más estricta legalidad democrática, dos meses después de las elecciones que vieron a Salvador Allende obtener un poco más del 36% de los votos, frente al candidato conservador Jorge Alessandri y el representante de la democracia cristiana (DC) Radomiro Tomic. Del levantamiento de la marina en la madrugada del 11 de septiembre, en el puerto de Valparaíso, al bombardeo del palacio presidencial de La Moneda, terminó con la “vía chilena al socialismo” en acción desde hacía casi tres años –donde el programa económico y social buscaba principalmente reducir la dependencia chilena del extranjero y los fuertes contrastes sociales que caracterizaban al país-, y conoció un final brutal y súbito que provocó una inmensa emoción en el seno de la izquierda internacional.

La victoria de la UP, tres años antes, había suscitado un entusiasmo real más allá de las fronteras chilenas, en la medida que una transformación política y social radical, tal como la que proponía el programa electoral de la coalición, no parecía más incompatible con la democracia, contrariamente a todo lo que uno podía observar en toda la historia de la Unión Soviética desde los años 1920 o en Cuba en la primera mitad de los años 1960 –en la medida que se producía la soviétización del régimen castrista. “A fin de cuentas, Allende es presidente con todas las condiciones de la democracia representativa que pregonan los Estados Unidos”<sup>3</sup> y gracias a ello pudo acercar a él a grandes sectores de la opinión pública mundial, no obstante estar desilusionados por la revelación de los crímenes del comunismo después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956 como por las rebeliones abortadas de 1968, pero repentinamente re encantadas por el viento fresco de la reforma agraria y la nacionalización del cobre bajo normas constitucionales.

En esto, el 11 de septiembre 1973 representa antes que nada un choc emocional planetario y debe ser pensado como un momento importante de la historia de las sensibilidades políticas contemporáneas, en donde el suicidio de Allende agregó al martirio de la democracia la tragedia de un destino personal. Más allá de los innumerables homenajes internacionales rendidos en los últimos meses del año a aquel que intentó conciliar una cultura humanista de franc-masón con la ortodoxia del marxismo-leninismo, el escritor colombiano, Gabriel García Márquez, premio Nobel de

---

<sup>3</sup> Eduardo Galeano, “Las venas abiertas de América latina, Paris, Plon, 1981, p. 201

literatura en 1982, restituyó de manera ejemplar la importancia de esta marca generacional en un texto de 2003 titulado *La verdadera muerte de un presidente*: “el drama se produjo en Chile, para gran pesar de los chilenos, pero debe pasar a la historia como algo que inevitablemente nos ocurrió a todos los hombres de esta época y que se ha quedado en nuestras vidas para siempre”.

En términos estrictamente políticos, el golpe de estado chileno pudo ser percibido como la confirmación de la tesis que transformar las sociedades latinoamericanas en un contexto legal y sin recurrir a la violencia era algo definitivamente imposible, dado no sólo el conservadurismo de las elites nacionales, dispuestas a todo para conservar sus privilegios como lo testimonia por ejemplo la odiosa campaña de prensa llevada a cabo por el diario *El Mercurio* durante todo el período de la UP, pero sobretodo por la conducta de los Estados Unidos, que nunca escondieron su hostilidad hacia la UP desde 1970 y participaron activamente en la desestabilización del gobierno de Allende financiando a los opositores más radicales. Fue sobre la base de esa constatación que numerosas guerrillas, que habían florecido en toda la región latinoamericana tras la revolución cubana de enero 1959, radicalizaron sus acciones: fue el caso de los Montoneros en Argentina que, según el testimonio a posteriori de uno de sus principales líderes, Roberto Perdía, se sintieron definitivamente rodeados después del fin de la UP, entre Uruguay de Juan María Bordaberry, el Paraguay de Alfredo Stroessner, la Bolivia de Hugo Banzer y el Chile de Augusto Pinochet<sup>4</sup>. A esta representación cercada de la historia argentina de los años 1970 se agregó el hecho que numerosos actores políticos cercanos a la UP encontraron provisoriamente refugio en Argentina, donde el peronismo acababa de volver al poder, y contribuyeron a difundir al otro lado de Los Andes las lecciones muchas veces amargas que habían sacado de los años de Allende<sup>5</sup>.

Hay que subrayar igualmente las numerosas consecuencias políticas que recogió el golpe de estado chileno más allá de las fronteras latinoamericanas y que invitan a pensar el 11 de septiembre 1973 como un evento de carácter mundial. Independientemente de los numerosos movimientos de solidaridad que se desplegaron por todo el mundo a favor de las víctimas de la dictadura o de los exiliados, el caso del comunismo italiano es desde este punto de vista notable pues fue a la luz de la tragedia chilena que Enrico Berlinguer concibió la lógica de un acercamiento con la democracia cristiana. Los tres artículos publicados en la revista *Rinascita* por el secretario general del Partido Comunista Italiano (PCI) en las semanas

---

<sup>4</sup> Entrevista exclusiva con Roberto Perdía, Agencia Paco Urondo, 21 mayo 2012.

<sup>5</sup> Europa, en especial Inglaterra, Francia, Italia y Suecia, fueron destinos privilegiados del exilio chileno. Ver José del Pozo Artigas (coord.), *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973-2004*, Santiago, RIL Editores, 2006.

que siguieron al golpe de estado, propusieron una reflexión táctica sumamente rica sobre la manera en que la UP había conquistado el poder –E Berlinguer llamaba notoriamente la atención sobre la presencia decisiva en la coalición del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), ala disidente de la DC- y también un análisis de las causas del golpe destacando la ofensiva DC en los últimos meses del gobierno de Allende. A partir del momento en que el PCI estaba confrontado, como Salvador Allende a fines de los años 1960 cuando el presidente Eduardo Frei estaba en el poder, a una DC poderosa, la enseñanza que dejaba el caso chileno aparecía transparente: las fuerzas políticas de transformación social no podrán sacudirse del sistema capitalista en profundidad sin una mayoría estable y un cierto consenso político, que debía incluir a los sectores más progresistas de la DC, ojalá toda la DC si fuera posible. Tales fueron las bases del “Compromiso Histórico” que, como sabemos, marcó un giro decisivo en la historia del comunismo y de la vía política en Italia en los años 1970<sup>6</sup>. En España y en Grecia, donde la cuestión de las alianzas políticas era crucial en la perspectiva del posible fin del franquismo y del régimen de los coroneles, en Francia, donde el programa común del 27 de junio de 1972 estaba conectado con el programa electoral de la UP, el 11 de septiembre 1973 tuvo igualmente un impacto mayor, atestiguando el carácter internacional del evento.

## **EL TERRORISMO DE ESTADO**

Por otra parte, el golpe de estado chileno representó un punto nodal de la militarización de las sociedades latinoamericanas que caracterizó a la región entre los años 1960 y el fin de los años 1980<sup>7</sup>. Por un lado, representó un poderoso eco del episodio guatemalteco de junio 1954, en el curso del cual el gobierno democráticamente elegido del coronel Jacobo Arbenz, que había comprometido una reforma agraria destinada a crear pequeños campesinos independientes, en detrimento de los inmensos intereses de la compañía estadounidense United Fruit, fue derrocado por un ejército de mercenarios dirigidos desde Langley por la Central de Inteligencia Americana, y aún del golpe de estado brasileiro de marzo – abril de 1964, que puso fin a la presidencia reformista de Joao Goulart e inauguró una dictadura de

---

<sup>6</sup> Ver Enrico Berlinguer en *Rinascita*: “Reflessione sull’Italia dopo i fatti del Cile”, vol. XXX, n° 39, pp.5-7; “Via democrática e violenza reazionaria”, vol XXX, n° 40, pp 4-6; “La proposta del Compromiso storico”, vol. XXX, n° 41, pp.3-6. Igualmente que Antonio Tato (dir), *La questione comunista. 1969-1975*, Rome, Editore Riuniti, 1975; y Andrea Mulas, *Allende e Berlinguer. Il Cile dell’Unità Popolare e il compromesso storico italiano*, San Cesario du Lecce, Manni, 2005.

<sup>7</sup> Ver el dossier coordinado por Stéphane Boisard, Armelle Enders y Geneviève Verdo, “L’Amérique latine des régimes militaires”, *Vingtième siècle. Revue d’histoire*, n° 105, enero-marzo 2010, pp. 3-209. Sobre Chile de los años de Pinochet, ver Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 2002.

dos décadas<sup>8</sup>. Con el matiz que la junta militar que tomó el poder la tarde del 11 de septiembre 1973 marcó igualmente una ruptura en materia de política represiva.

En nombre de la erradicación del “cáncer marxista” y de la restauración de los valores superiores de la nación, que constituían los objetivos únicos de los militares golpistas si se cree en sus primeras alocuciones radiales, el encierro inmediato de todos los individuos sospechosos de simpatizar con la UP en las tribunas del Estadio Nacional, la ejecución sumaria de miles de militantes –entre los cuales el cantor y guitarrista Víctor Jara el 16 de septiembre y el líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) Miguel Enríquez el 5 de octubre del año siguiente- la persecución de los opositores hasta en sus lejanos exilios<sup>9</sup>, así como la sistematización de la tortura como método de gobierno, instituyeron un terrorismo de estado hasta ahora inédito por su amplitud, aunque el Brasil pudo experimentar los primeros lineamientos de partir de fines de 1968 y principios de 1969. En total, la violencia desplegada desde la cumbre del estado chileno hizo al menos 40.000 víctimas (muertos, desaparecidos y torturados) y encontró una funesta seguidilla en la experiencia exacerbada de la dictadura argentina entre 1976 y 1983 (30.000 muertos o desaparecidos), en el Plan Cóndor –que buscaba unir los esfuerzos de las dictadura militares de los años 1970 (Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia , Brasil) en la represión de los movimientos y militantes considerados como subversivos y antinacionales- o aún en el cuadro de las guerras civiles que desangraban prácticamente a todos los estados centroamericanos en los años 1980.

Si la doctrina de la Seguridad Nacional que nutría a los regímenes militares de este período hundía sus raíces en las reflexiones estratégicas llevadas a cabo en los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, pero también en el seno de la escuela superior de guerra fundada en Río de Janeiro en 1959 y en la teorización de la guerra contra revolucionaria propuesta por el ejército francés en el contexto de las guerras coloniales, encontró en el régimen instalado bajo la sombra del general Augusto Pinochet una sistematización de sus prácticas represivas que tuvo numerosos émulos en los años que siguieron<sup>10</sup>. En esto, el 11 de septiembre 1973 marca una

---

<sup>8</sup> Numerosos analistas contemporáneos del golpe de estado chileno, buscan posibles analogías históricas sobre el asesinato de una democracia, intentando la comparación con el levantamiento de los nacionalistas españoles contra el Frente Popular en julio 1936.

<sup>9</sup> Así por ejemplo el atentado cometido en Toma contra Bernardo Leighton, líder histórico del partido demócrata cristiano, en octubre 1975; o el asesinato de Orlando Letelier, ministro de relaciones exteriores de la UP, en Washington en septiembre de 1976.

<sup>10</sup> Destinada a acorralar a los enemigos internos que representaban los marxistas de todos los tipos, esta doctrina descansa sobre algunas características: un ejercicio del poder renunciando en una primera fase a toda legitimidad popular pero intentando introducir progresivamente un aire de democracia gracias a prácticas plebiscitarias; el estado de sitio permanente; la conversión de los servicios secretos en policía política; la eliminación o reclusión permanente de los opositores; la

fecha en la historia contemporánea de América Latina como del mundo entero, puesto que los medios de comunicación internacionales –la prensa escrita especialmente<sup>11</sup>, pero también la televisión- difundieron generosamente las imágenes de los rostros ensangrentados y de los cuerpos postrados en las calles de Santiago o las filas del Estadio Nacional.

## **LA AGONÍA DEL KEYNESIANISMO**

Más allá del ejercicio de una violencia masiva por parte del Estado y de la ruptura constitucional al que fue arrastrado un país notablemente estable, por sobre los avatares políticos que conoció la región desde la independencia, el 11 de septiembre de 1973 fue, en fin, el origen de una revolución económica que dotó al gobierno militar de una identidad ideológica que debía dar origen a un proyecto político fundacional y que, sobretodo, se expandió largamente, al punto de convertirse en el patrón de la buena gobernanza mundial una década más tarde –y, a pesar de algunos nubarrones- hasta nuestros días.

Durante la primera mitad del siglo XX, las consecuencias económicas de la Primera Guerra mundial y de la crisis de 1929 habían convencido a una parte de las elites políticas latino americanas de los peligros de una dependencia excesiva vis a vis las exportaciones de materias primas y de la necesidad de un desarrollo endógeno. En octubre de 1938, el acceso al poder de un Frente Popular en Chile marcó los verdaderos primeros pasos de una inmersión del Estado en los asuntos económicos y sociales. Bajo la presidencia del Radical Pedro Aguirre Cerda, una serie de iniciativas rompieron con el liberalismo hasta ahí dominante y estamparon el nacimiento de una política pública de desarrollo cuyos resultados fueron palpables en la década siguiente –por ejemplo, en materia de electrificación del país o de mecanización de la agricultura. Numerosas medidas en el ámbito de la educación tendieron igualmente a hacer del Estado un agente de promoción social y de democratización; es claro que el frente Popular echó las bases, sino de un Estado de Protección, al menos de un innegable intervencionismo con fines desarrollistas e igualitaristas<sup>12</sup>. Los años 1970 - 1973 en Chile pueden ser pensados como la culminación de esta secuencia iniciada en

---

institucionalización de la tortura como símbolo del terrorismo de estado. Ver Roberto Calvo, *La doctrina militar de la seguridad nacional. Autoritarismo político y neoliberalismo económico en el cono sur*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1979; y Jorge Tapia, *El terrorismo de Estado, la Doctrina de la seguridad nacional en el cono sur*, México, Nueva Imagen, 1980.

<sup>11</sup> La revista TIME que había titulado “La amenaza marxista en América” el 19 de octubre de 1970, publicó en la portada de su edición del 24 de septiembre 1973 una foto de Salvador Allende ensangrentado acompañado del título “Después de la caída” y un artículo titulado “El final sangriento del sueño marxista”.

<sup>12</sup> Ver Alberto Aggio, *Frente Popular, Radicalismo e Revolucao passiva no Chile*, Sao Paulo, Fasesp/Annablume Editora, 1999.

los años 1930: apenas asumido al poder S. Allende, en efecto, el gobierno anuló una reciente alza de las tarifas eléctricas, lanzó un plan de urgencia para la construcción de 120 mil habitaciones, decidió el pago inmediato de las jubilaciones y otorgó 3.000 becas a estudiantes mapuche para mejorar la inserción educacional de las minorías indígenas. Más allá de las medidas de urgencia destinadas a responder a las demandas de los más desfavorecidos, se instalaron los ejes de diversas reformas estructurales. El primero de ellos apuntaba a una suerte de “New Deal” chileno, basado en una redistribución de la riqueza (alza de salarios y aumento de las prestaciones sociales), acompañado de un bloqueo parcial de los precios, lo que permitía un alza de los ingresos de los sectores menos favorecidos. Una fiebre del consumo provocó entonces un crecimiento de la producción industrial, una reactivación del comercio y una baja sensible del desempleo. La profundización de la reforma agraria constituyó el segundo eje importante de la política económica y social de S. Allende: sobre la base de una ley promulgada por Eduardo Frei en 1967, la UP expropió y redistribuyó en seis meses casi tantos predios como los que el gobierno demócrata cristiano había hecho en seis años<sup>13</sup>. Último brazo de esta política de ruptura: un ambicioso programa de nacionalización, de conformidad con el programa de la UP que buscaba erradicar el capitalismo monopólico, tanto nacional como extranjero. El proceso comenzó desde diciembre de 1970 en el campo de la industria textil y siguió el año siguiente en los sectores de la banca, la química, la siderurgia y el carbón –a veces bajo la presión de los trabajadores en huelga o ocupando los locales de sus empresas-, para culminar en julio de 1971 con una modificación constitucional adoptada por la unanimidad del Congreso que permitió la nacionalización completa de las minas de cobre.<sup>14</sup>

Más aún que una ruptura con los tres años de la UP, el golpe de Estado representó el cierre de un ciclo de 50 años de inspiración keynesiana, que había buscado promover una cierta idea de la democracia social. Las estrategias intervencionistas fueron substituidas por la influencia de las teorías neoliberales elaboradas en la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago y en la Universidad Católica de Santiago, que permitieron a jóvenes estudiantes como Sergio de Castro –ministro de economía desde abril 1975 a diciembre 1976, luego ministro de hacienda hasta abril de 1982- formarse en los Estados Unidos en un rechazo radical de los preceptos keynesianos que habían alimentado buena parte de la economía política latinoamericana desde los años 1930. La acción de los *Chicago Boys* comenzó por una fase llamada de “ajuste recesivo” (control de la inflación y estabilización monetaria, baja drástica del gasto público y lucha contra el déficit fiscal, privatización y reducción considerable de las

---

<sup>13</sup> Entre 1970 y 1973, 6 millones de hectáreas fueron distribuidas entre 100.000 familias campesinas que accedieron así a la propiedad.

<sup>14</sup> Para una mirada de conjunto sobre la UP, ver Julio Pinto Vallejos (dir), Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular, LOM, 2005.

atribuciones del Estado) que trajo rápidamente sus frutos, pues la economía chilena vio aumentar sus exportaciones de manera considerable, atrajo más que nunca a la inversión extranjera y retomó tasas de crecimiento espectaculares (9,9% en 1977, 8,3% en 1979)<sup>15</sup>. Confiando los destinos económicos del país a una nueva generación de economistas, el general Pinochet ofreció a los titulares del neoliberalismo un laboratorio tamaño natural que permitió ofrecer, a los ojos de las instituciones financieras como el Fondo Monetario Internacional o de las elites políticas complicadas a falta de soluciones concretas a la crisis, el remedio milagroso. Desde entonces, el “modelo chileno” se dispersó rápidamente por Europa –desde los años Thatcher en Gran Bretaña a partir de 1979 hasta el rigor de los socialistas franceses en 1983- y en los Estados Unidos durante los dos mandatos de Ronald Reagan, al punto de ser erigido en norma internacional de gobernanza entre los años 1980 y 1990, en el cuadro del “consenso de Washington”.

Aunque ofrecían perspectivas de relanzamiento económico improbables en el contexto internacional de la época, estas políticas traían consigo un costo social muy importante entre los cuales la destrucción de los servicios públicos, la pauperización de vastos sectores de la población, la erosión de las clases medias y la profundización de la desigualdad en la repartición de la riqueza, eran los aspectos más visibles. En 1990, el 48,3% de la población latinoamericana –es decir, 200 millones de individuos- vivían bajo el umbral de la pobreza, contra un 40,5% 10 años antes: a las múltiples desigualdades heredadas de largo tiempo, el cambio neoliberal agregó nuevas formas de exclusión social en corto tiempo. Fue en el Chile de A. Pinochet, después del 11 de septiembre 1973, que hizo sus primeros pasos<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Ver Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School of Economics in Chile*. Cambridge, Cambridge University Press, 1995; y Patricia Ovalle Castillo, *El proyecto neoliberal en Chile y la construcción de una nueva economía*. México, UNAM, 1997.

<sup>16</sup> Bautizado el “jaguar de América latina”, Chile todavía arrastra los estigmas sociales de la ruptura neoliberal, que los diferentes gobiernos de la transición no han puesto en cuestión.